

**ALABARDA DEL DEPÓSITO DE VÉLEZ BLANCO
CALCOLÍTICO**



Susana Consuegra

FEBRERO 2003

1. UNA ALABARDA POCO TÍPICA EN ESTA ZONA

La alabarda de Vélez Blanco se compone de una hoja larga de forma triangular y reducido espesor, con filos que convergen formando un extremo poco aguzado y se hacen ligeramente cóncavos hacia la base o zona del empuñe. Dos someras acanaladuras recorren la hoja de forma paralela a los filos, hasta el comienzo de la placa de empuñe. Unos hombros acusados dan paso desde la ancha base de la hoja hacia la placa de empuñe. Ésta tiene forma de lengüeta semicircular y presenta cuatro orificios para remaches, de los que tan sólo se conservan dos cuya longitud indica el espesor del empuñe.

Ocurre frecuentemente al abordar estudios de conjuntos prehistóricos que nos encontramos ante piezas que difícilmente “encajan” con la totalidad de los rasgos establecidos para los distintos tipos conocidos de un determinado objeto. La pieza que nos ocupa es uno de esos ejemplos, pues carece de algunas de las características definidas para este grupo de armas. No obstante, su adscripción al grupo denominado Carrapatas (Bronce Antiguo 1800-1700 a. C.), cuya área de distribución se encuentra en el norte de Portugal y con el que tiene en común determinadas características (acanaladuras y placa de empuñe con orificios para remaches), nos permitirá conocer su función social dada la carencia de otros datos, como su procedencia o hallazgo.

2. BUSCANDO LA PROCEDENCIA

Un conjunto de materiales metálicos procedentes de la colección Federico De Motos ingresó en el Museo con la referencia “región de Vélez Blanco”. Dicho conjunto incluía un hacha plana y cuatro puñales de remaches. Sabemos por Beatriz Blance que 2 de los puñales, junto a 5 vasos cerámicos y 2 puntas de hueso, procedían de un enterramiento en cista. El resto del material puede haberse hallado en el mismo lugar o en otros próximos. De hecho, cinco kilómetros al este de Vélez Blanco se encuentra el yacimiento calcolítico del Cerro de las Canteras, que cuenta con necrópolis y poblado en el mismo lugar.

Pese a la problemática de su procedencia exacta, es de sumo interés su localización en el área de Vélez Blanco, ya que sería el punto más meridional en el que aparece este tipo de alabarda de origen atlántico, aunque fuera de producción local.

El Municipio de Vélez Blanco, situado al norte de la provincia de Almería y limítrofe con Murcia, de orografía montañosa conformada por las Sierras de Las Estancias, El Gigante, La Muela, Larga y de María y regado por los ríos Corneros, Claro y Caramel, se encuentra en la región nuclear de las culturas prehistóricas de Los Millares y El Argar. La existencia de yacimientos arqueológicos de estos momentos en la zona bien podría estar en relación con los recursos de minerales de cobre localizados en el entorno de la población.

3. LAS ALABARDAS DE TIPO CARRAPATAS

En este caso, en que desconocemos las circunstancias del hallazgo e incluso el lugar exacto en que se produjo, conocer su pertenencia al denominado tipo Carrapatas nos permite:

- Rastrear el **origen atlántico** de esta variedad de alabarda que procedería de otro, muy común en Europa Occidental y especialmente en Irlanda (denominado tipo *Carr*).
- El estudio pormenorizado de todos los ejemplares de este tipo indica que sus hallazgos se producen esencialmente formando parte de depósitos junto a otras armas o utensilios. Mientras que otros tipos de alabardas aparecen principalmente en contextos funerarios. Los depósitos, como veremos más adelante, tienen un *carácter especial* desde el punto de vista de su valor social.
- Las alabardas de tipo Carrapatas, tanto por su origen como por su asociación a otros artefactos como las puntas de Palmela y puñales de lengüeta, se pueden adscribir a los comienzos del denominado Bronce Antiguo (1800-1700 a.C.). Esta cronología hace contemporánea la aparición de las alabardas de tipo Carrapatas a la eclosión del fenómeno campaniforme.

4. LA ALABARDA: LOS RASGOS DE UN ARMA

Las características morfológicas de las alabardas están determinadas por su uso: se utilizaban enmangadas de forma perpendicular al arma y con la pretensión de penetrar, no de cortar. Por tanto su efectividad debía conseguirse mediante:

- El ensanchamiento de la base para reforzar el empuñadura: Hojas triangulares y filos cóncavos.
- La punta ha de ser, a la vez que recia, la zona más estrecha del arma para facilitar su penetración.
- La placa de empuñadura debe ser robusta, bien diferenciada de la hoja y dotada de orificios para remaches.

Estas son, por tanto, las características de las alabardas que la diferencian de otros útiles y/o armas, especialmente de los puñales y las hachas. Formalmente mantienen un enorme parecido con los puñales, sin embargo, el sentido del empuñadura y los rasgos que de éste se derivan marcan las divergencias entre ambos grupos de objetos. En el mismo sentido, el trabajo a realizar y por tanto el empuñadura se asemejan entre hachas y alabardas, en este caso tanto el tamaño de la hoja como el extremo aguzado de la misma diferencian estos útiles.

Pese a su alto valor simbólico, puesto de manifiesto por los contextos en los que se encuentran (funerario y depósitos), y por sus representaciones en petroglifos y losas decoradas, la

perduración de su uso en la Península fue breve. Sin lugar a dudas, en el Bronce Final, otras armas habían sustituido ya tanto su uso en combate como, sobre todo, su imagen ostentosa.

La fabricación de las alabardas

La alabarda de Vélez Blanco, como todas las armas de comienzos de la Edad del Bronce, se realizaron en cobre más o menos puro y con la ayuda de moldes. Posteriormente se podía aplicar abrasivos para eliminar las rebabas. En cuanto a los remaches, se fabricaban por separado del restos de la pieza y con coladas de metal diferentes.

Aunque la utilización del cobre representa el inicio de la metalurgia, la fragilidad de este metal haría que las armas tuvieran un significado más simbólico que práctico. Posteriormente, y ya en la Cultura del Argar, la aleación del cobre con el estaño originaría el bronce, metal mucho más duro y resistente. Por tanto, la presencia sólo de cobre entre las alabardas indica su escasa eficacia, dado que su fabricación en cobre haría de ellas armas de escasa dureza y resistencia.

5. ARMAS: GENERALIZACIÓN DE LA GUERRA Y SÍMBOLO DEL PODER

Durante el Calcolítico se habían producido los primeros útiles de metal, aunque su limitada efectividad y su rareza en los contextos arqueológicos indican el papel simbólico que desempeñaron. De hecho, los artefactos de metal que reproducían con pocas variaciones sus modelos en piedra no sustituyeron a estos. Tampoco se observa la existencia de artefactos que exclusivamente sirvieran para la guerra. De nuevo, es el contexto arqueológico el que permite discernir si una determinada punta de flecha (en piedra o cobre) ha tenido como fin la caza o las actividades bélicas.

La guerra, que puede proporcionar productos y tierras, no es permanente y, por tanto, es una actividad secundaria con relación a la adquisición de los medios de subsistencia. La inclusión de útiles/armas como parte de los ajueres en estos momentos es una forma de ensalzar las actividades relacionadas con la fuerza, el peligro y la destreza que, por poco cotidianas, tienen prestigio social. Es este el primer paso de la *construcción del guerrero*.

Con la sedentarización de los poblados y el crecimiento demográfico se produjo el aumento de competencia por los recursos (tierras, materias primas) entre distintas tribus, especialmente en aquellos lugares que ofrecían mayores posibilidades. De hecho, la proliferación de poblados fortificados o simplemente cercados en estos momentos indica una conflictividad creciente.

Sin embargo, es a partir de la Edad del Bronce cuando se produce una clara diversificación de los útiles metálicos así como el aumento, relativo en los momentos iniciales, del número de éstos. Las armas adquieren características diferentes de los útiles y son el campo de pruebas de las

nuevas adquisiciones técnicas en el terreno de la metalurgia (nuevas aleaciones, tratamientos térmicos para mejorar la eficacia). Las actividades bélicas tienen mayor presencia en la vida cotidiana y trascendencia para la subsistencia (y crecimiento) de los poblados. La exhibición del armamento, cada vez más sofisticado, y su uso otorgan prestigio social. Es ahora cuando se comienza a conformar la panoplia guerrera que tendrá su punto álgido durante el Bronce Final. El valor del armamento como símbolo de poder se pone de manifiesto en las representaciones de guerreros. Por ello, la acumulación de armas se convierte en el medio para mostrar la relevancia social y, por tanto, en una demostración de prestigio. Los *depósitos* de armamento se hacen frecuentes. En ellos se sepultan un buen número de piezas, preferentemente armas (puñales, hachas planas y alabardas), que demostrarían ante la comunidad el poder creciente de un personaje o un grupo de ellos. Se produce así la paulatina jerarquización de las sociedades de la Edad del Bronce, del que el denominado *fenómeno Campaniforme* constituye su mejor exponente.

BIBLIOGRAFÍA

Blance, B.M. (1971): Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel. S.A.M., 4. Berlín.

Cuadrado, E. (1950): "Útiles y armas de El Argar. Ensayo de tipología". V C.A.S.E., pp. 103 y ss. Cartagena.

Delibes de Castro, G. y Santiago Pardo, J. (1997): "Las fortificaciones de la Edad del Cobre en la Península" en La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania, pp. 85-107. Ministerio de Defensa. Madrid.

Fernández Manzano, J. y Montero Ruiz, I. (1997): "Las armas durante el calcolítico y la Edad del Bronce" en La guerra en la Antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania, pp. 109-121. Ministerio de Defensa. Madrid.

Gil Farrés, O. (1950): "La estación de Vélez Blanco (Almería)". VI C.A.S.E., pp. 127-140. Cartagena.

Guilaine, J. y Zammit, J. (2001): El Camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria, Ariel Prehistoria, 2002.

López Plaza, S. y Santos, J. (1984-85): "Alabarda y puñales de lengüeta y remaches procedentes del S.O. de la Cuenca del Duero" Zephyrus, XXXVII-XXXVIII, pp. 255-266.

Lull, V. (1983): La "cultura" de El Argar. Akal Universitaria, Madrid.

Montero, I. (1994): El origen de la metalurgia en el sureste peninsular Instituto de Estudios Almerienses. Almería

Schubart, H. (1973): "Las alabardas de tipo Montejícar" Estudios dedicados al Dr. Pericot, Publicaciones Eventuales, 23, pp. 247-269. Barcelona.

Vázquez Varela, J.M. (1987): "Arte rupestre prehistórico en Galicia" Revista de Arqueología (especial monográfico), pp. 106-113. Madrid.